



Vol. 6, No. 1, Fall 2008, 222-227
www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Marco Palacios. *Between Legitimacy and Violence. A History of Colombia, 1875-2002* (translated by Richard Stoller) (Durham and London: Duke University Press, 2006).

La laberíntica historia de Colombia: entre la violencia y la esperanza

Ana Maria Bejarano

University of Toronto

Pese a ser el cuarto país en tamaño y el tercero en población de América Latina, Colombia es relativamente desconocida en la academia norteamericana. Las publicaciones dedicadas específicamente al país son pocas en comparación con otros casos de igual o menor magnitud, y pocos son los especialistas que se ocupan de escribirlas en los recintos académicos del norte. Doblemente acertada entonces la decisión por parte de la editorial de la Universidad de Duke (Duke University Press) y su serie

“Latin America in Translation/En Traducción/Em Tradução” de publicar en inglés la obra del historiador colombiano Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia*, no sólo porque llena un vacío, sino por llenarlo con una de las obras más estimulantes de la historiografía colombiana reciente. En su versión original, el libro fue publicado por primera vez en español en 1995 por el Grupo Editorial Norma. En el 2003 apareció una segunda edición, con un nuevo prólogo y un nuevo postscriptum, ambos escritos a finales del 2002. Es esta segunda edición la que ha sido impecablemente traducida por Richard Stoller, y publicada por Duke University Press en el 2006.

Between Legitimacy and Violence. A History of Colombia 1875-2002 contiene una apretada síntesis del “largo siglo XX” colombiano escrito por uno de sus historiadores más reconocidos, Marco Palacios, quien se desempeña como profesor de historia en El Colegio de México, luego de haber sido, en dos ocasiones, rector de la Universidad Nacional de Colombia. Su historia del café, publicada a finales de los años setenta bajo el título *El Café en Colombia, 1850-1970*, es considerada como una de las obras clásicas de la investigación histórica colombiana. A diferencia de *El Café en Colombia*, resultado de una rigurosa pesquisa cuidadosamente construida sobre la base de fuentes primarias, *Entre la legitimidad y la violencia* es un libro escrito “a mano alzada” – es decir, una revisión crítica de fuentes secundarias, frente a las cuales Palacios busca disentir y polemizar tanto como añadir y sugerir, más que demostrar un argumento a partir de nuevos hallazgos empíricos. Este largo ensayo crítico e interpretativo presupone un hondo conocimiento de los estudios y debates que sobre la historia colombiana han producido tanto nacionales como extranjeros. Por ello, tanto como por su complejidad y su ánimo polemizante, quizás no resulte de fácil lectura para los neófitos en el tema. Por otro lado, puesto que pinta a grandes trazos un gran cuadro impresionista del largo y convulsionado siglo XX en Colombia, puede

resultar una introducción fascinante para los que por primera vez se acercan a la laberíntica historia de este hermoso y difícil país.

El libro comienza con la Regeneración—ese curioso fin de siglo XIX colombiano donde la obsesión por el orden prevaleció sobre la búsqueda de la libertad, cuando una coalición entre sectores moderados del Liberalismo, el partido Conservador y la Iglesia Católica terminó por darle un giro conservador a la Colombia de fin de siglo, mientras que el resto de América Latina entraba al siglo XX de la mano del más radical positivismo liberal. No por casualidad, creo yo, escoge Palacios el período de la Regeneración para abrir su libro: durante el mismo, bajo la égida de la coalición bipartidista, se consolidó un incipiente estado central, se redactó la constitución de 1886 que habría de durar más de cien años, y se sentaron las bases de la economía cafetera, los tres pilares sobre los que se fundaría la historia de Colombia hasta finales del siglo XX. Imposible pedirle al autor la incesante actualización de tan amplio y ambicioso relato, pero de haberlo hecho hasta incluir las dos presidencias de Álvaro Uribe Vélez (2002) lo habría cerrado con broche de oro. Resulta de mil maneras sugerente releer el primer capítulo titulado “*From Liberal Decay to Regeneration*”, no en clave de Núñez sino de Uribe, pensando no en los Independientes y los Históricos, sino en las múltiples y coloridas facciones en que se encuentran divididos, hoy por hoy, los herederos actuales de los mismos partidos, Liberal y Conservador. El paralelo no deja de ser fascinante.

Pese a que Palacios dedica buena parte de su tiempo a pintar retratos bastante fieles y siempre críticos de las élites políticas, no hay que creer que la suya es solamente una historia política de Colombia. Tampoco cae en la tentación—fácil para él, es de suponer—de construir una historia fundamentalmente económica del período, donde los desarrollos sociales, políticos y culturales pudieran explicarse todos con recurso al motor central de la expansión cafetera. El rasgo más asombroso de este libro es el esfuerzo de su autor por entretejer los hilos de la historia económica, social,

política y cultural de Colombia, en un único e impresionante tapiz. El énfasis cambia de capítulo a capítulo—unos con más acento en lo social y económico y otros más claramente dedicados a los ires y venires de los partidos y sus líderes. La constante, sin embargo, es el esfuerzo por atar siempre los cabos sueltos, mostrando cómo las diversas madejas se entrelazan e iluminan mutuamente. La historia de Palacios se teje también de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba. Si bien, a distancia, se puede apreciar con toda claridad el paisaje nacional, la narración no descuida ni por un momento la atención a las dinámicas regionales y municipales, hasta el punto de añadirle más peso aún al adagio según el cual “toda política es local” (*all politics is local*). Del pueblo, la región y la ciudad se vuelve siempre al cuadro general enmarcado por las dinámicas nacionales, y así sucesivamente, de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, Palacios entreteje, como un verdadero maestro, este vivo relato de más de un siglo de historia colombiana.

Otro rasgo notable de esta obra es la atención constante al tema de la educación, y por lo tanto al lugar crucial de la Iglesia Católica en la sociedad colombiana, tanto en su papel tutelar en el campo de la educación, como en su papel de soporte del régimen político hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX. Si se sigue el trazo de la historia pintada por Palacios, resulta inevitable notar la enorme transformación de esta sociedad durante el siglo y cuarto que dura su relato: si bien sigue mostrando un grave déficit en términos de calidad, la expansión de la educación a lo largo de esos ciento veinte años y la caída persistente de las tasas de analfabetismo constituyen quizás la transformación estructural más radical de todas las reseñadas por el autor. De manera paralela y profundamente entrelazada, la Iglesia Católica ha ido perdiendo la capacidad de control social que ostentaba desde épocas coloniales. Lo cual no quiere decir que los colombianos de hoy sean descreídos y poco religiosos, pero sí revela la irreversible disminución del poder que alguna vez tuvo la Iglesia, la cual junto con los partidos y en alguna medida el

Estado constituían una poderosa tríada institucional a lo largo y ancho del territorio nacional. Por ponerlo de otra manera, el “alma” profundamente católica y rural del pueblo colombiano ha sido sustituida, gradualmente, por un espíritu mucho más urbano y más secular, menos atado por las restricciones religiosas del pasado. Todo lo cual se manifiesta, como lo nota adecuadamente el autor, en el cambio dramático del lugar y el papel de las mujeres en la sociedad colombiana.

Dos hilos conductores entretajan una línea de continuidad a lo largo de lo que al parecer son capítulos bien diferenciados y a veces casi auto-contenidos: las transformaciones de largo plazo del estado y de la sociedad colombianas a lo largo de estos 127 años de historia. Pese a los enormes obstáculos ofrecidos por una difícil e intrincada geografía, el subdesarrollo de la economía y las insuficiencias del mercado nacional, la cultura predominantemente parroquial y conservadora de la población, el estado logra expandirse lenta y dificultosamente: poco a poco establece una moneda única que circula por todo el territorio, extiende una red de ferrocarriles primero y de carreteras luego, ofrece los rudimentos de un sistema nacional de educación, promueve la creación de algunas industrias, y regula la provisión de algunos servicios básicos. Palacios niega la tesis del “estado fallido” o “colapsado”, pero a cada paso da muestras ciertas de su crónica debilidad. Y sin embargo, al terminar el libro, queda la sensación de que el estado colombiano (pese a todas sus fallas y defectos), más que la Iglesia o los partidos mismos, es de estas tres instituciones centrales la que mejor ha logrado adaptarse y sobrevivir a las hondas transformaciones de la sociedad sobre la cual se asienta. Por otro lado, la nación: si bien la diversidad topográfica, ecológica, étnica y cultural ha militado siempre contra el mito homogeneizante de la nación, resulta innegable también que a comienzos del siglo XXI el archipiélago de regiones geográficamente aisladas, culturalmente diferenciadas y políticamente enfrentadas del siglo XIX ha dado paso a lo que Palacios califica como una red intrincada de ciudades donde se concentra hoy en día el grueso de la población

colombiana. Lejos de desaparecer, sin embargo, la brecha entre el campo y la ciudad se ha ensanchado aún más. Hoy, como durante la Violencia, la mayoría de los muertos son hombres jóvenes, pobres, habitantes de las zonas rurales, indígenas o campesinos. La continuidad y profundización de esta brecha entre el mundo rural y el urbano, une con una dramática línea de continuidad las violencias del pasado con la presente, y ofrece un testimonio patético del fracaso tanto del estado como de la sociedad colombiana en la tarea de construir un modelo de sociedad donde, de verdad, quepamos todos.

El libro termina con un epílogo que adopta un tono mucho más ensayístico que el resto de sus capítulos y también profundamente pesimista. En el avance del narco-paramilitarismo, la persistencia de la guerrilla y los alarmantes niveles de desigualdad de la sociedad colombiana Palacios no ve más que reiteradas pruebas del fracaso del estado y de las élites políticas. Sin embargo, una mirada por el espejo retrovisor que ofrece el mismo Palacios a lo largo del libro, arroja una visión no necesariamente más optimista o benévola, pero sí más compleja: la de una sociedad atormentada pero también profundamente creativa y tenazmente resistente frente a la adversidad. Es allí, en su inmensa capacidad para responder creativamente a los desafíos donde reside la mejor lección de este repaso histórico, y la más profunda esperanza para Colombia.